

al lazo fatal! Te has enemistado sin temor con la ley y las costumbres. Sin embargo, en tus inspiraciones sublimes, has manifestado cuanto valía tu noble audacia. ¡Querías conseguir el más hermoso de los triunfos, mas eso fué lo que te perdió!

¿Quién tendrá mejor suerte? Triste pregunta que el destino cubre todavía con un velo, cuando en el más fatal de los días enmudecen los pueblos mientras chorrea su sangre. Pero ya se oyen nuevos cantos; ¡consolaos, nuestro suelo volverá á producirlos como siempre los ha producido!

Pausa completa. Cesa la música.

ELENA á Fausto. Me sucede claramente aquello de: « La belleza y la dicha no quedan por mucho tiempo unidas. » El lazo de la vida y del amor está roto; lo deploré y penetrada de dolor, te doy un triste adiós y por la postrera vez me arrojo en tus brazos.
¡Perséfone, acógeme! ¡Acoge á mi hijo!

Abraza á Fausto; todo lo que hay material en ella desaparece, el vestido y el velo quedan en las brazos de Fausto.

FORKIAS (á Fausto). Conserva bien lo que te queda de cuanto poseías. Ya se desprende de su vestido. Ya los demonios tiran de él para llevárselo. ¡Agárralo bien! La diosa ya no existe. La has perdido; pero su vestido es divino. Usa de ese don inestimable y levántate. Te transportará por los aires todo el tiempo que podrás mantenerte en él. Nos volveremos á ver, pero lejos, muy lejos de aquí.

El vestido de Elena transfórmase en nubes que envuelven á Fausto lo levantan, y lo elevan en los aires.

FORKIAS recoge del suelo el manto y la lira, los enseña y dice: Es una suerte que los hallo. Es verdad

que ha desaparecido la llama; pero no hay que compadecer por ello al mundo: basta esto para consagrar á los poetas futuros, para combatir la envidia y las estériles rencillas profesionales. Si no me es dado conferir el talento, al menos puedo prestar el hábito.

PANTALES. Ahora, apresuraos, jóvenes. Al fin ya estamos libres del encanto que nos imponía esa vieja sibila de Tesalia. Ya no oímos esa batahola de sonos confusos, que distraían el oído, y más aún el sentido interior. Descendamos al Hades. ¿No se ha ido allá la reina con pasos mesurados y graves? Que los de los fieles criadas sigan inmediatamente los suyos; la hallaremos cerca del trono de los que nadie ha penetrado.

EL CORO. Las reinas son reinas donde quiera; hasta en el Hades ocupan los primeros puestos; colocándose altivas cerca de sus iguales, compañeras de Perséfone; pero nosotras estamos desterradas bajo las profundas praderas de asfodelo entre los elevados álamos, en el seno de las praderas estériles. ¿Que distracción nos queda? Lastimeras como los murciélagos, ruidosas sin alegría como los espectros.

LA CORIFEA. El que no ha adquirido algún nombre, que no aspira á nada noble, pertenece á los elementos; ¡pasad, pasad! Yo deseo ardientemente quedarme sola con mi reina; no sólo el mérito sino la fidelidad es lo que nos conserva la existencia.

(Parte.)

TODAS. Ya estamos devueltas á la luz del día: en realidad, ya no somos personas, lo concebimos, lo sabemos, pero jamás iremos hacia el Hades; la naturaleza eternamente viva, tiene derecho sobre nosotras como espíritus, y nosotras sobre ella como naturaleza.

UNA PARTE DEL CORO. Y nosotras en los silbidos y en los murmullos en los dulces soplos de los céfiro,

atraemos jugueteando, llamamos suavemente las raíces de las fuentes vitales hacia las ramas, cuando por las hojas, cuando por las flores. Adornamos con transporte los cabellos que flotan libremente por los aires. Cuando se desprende la fruta, llora de alegría y de vida el entero pueblo y los rebaños se apiñan al instante para cogerla, para saborearla, descansando laboriosamente, y como ante los primeros dioses se postran ante nosotras.

OTRA PARTE DEL CORO. En este terso espejo que se extiende por las entrañas de estas murallas de rocas, nosotras nos plegamos cariñosas, nos movemos en dulces ondas; oímos y escuchamos todo sonido, el canto de las aves, los ruidos de los cañaverales, y aunque sea la voz formidable de Pan la que resuene, nuestra contestación está pronta. Si el viento silba, nosotras silbamos también: si truena, ruedan nuestros truenos y aumentan el espanto redoblando tres veces, diez veces nuestra contestación.

TERCERA PARTE DEL CORO. ¡ Hermanas! conmovidas, corremos con los arroyos, porque esta continuación de colinas, ricamente adornadas allá lejos, nos atrae. Siempre descendiendo, cada vez más profundamente, derramamos el agua, serpenteando como meandros, ya por la pradera, ya por el campo y ya por el jardín que rodea la casa. Allá lo indican las elevadas copas de los cipreses, allá lo dicen los paisajes, las frondosas riberas y el espejo de las ondas que aspiran al Éter.

PARTE CUARTA. Vagad, vosotras, por donde os plazca; nosotras nos enlazamos, nosotras zumbamos en torno de la colina plantada donde verdece la viña. La pasión del viñador nos hace ver allí todos los días y cada hora el feliz resultado de su amorosa labor; ya con el hacha, ya con la pala amontonando, cortando rea-

tando, siempre suplicando á todos los dioses y sobretudo al dios del sol. Baco poco se cuida de su fiel criado; reposa en las enramadas, y se apoya en las cavernas jugueteando con el más joven de las faunos. Todo cuanto necesita para su embriaguez lo deja siempre preparado en los antros, llenando los cántaros y los vasos conservados á derecha é izquierda en el fondo de estas cuevas eternas. Pero cuando todos los dioses, cuando Helios principalmente, formando aire, creando vapores, calentando, abrasando, han hecho el cuerno de la abundancia de los granos, en donde trabajaba el silencioso vendimiador, pronto se anima todo, y todas las enramadas se conmueven, y un ruido sordo se deja oír de cepa en cepa. Crujen las cestas, los cubos cabrillean, las canastas gimen por todas partes hacia la grande tina para la vigorosa danza de los vinateros. Y se pisa furiosamente la santa abundancia de los granos llenos de savia. Espumando y rebosando, todo se mezcla horriblemente machacado. Y ahora resuenan los sonidos de bronce de los timbales y de las vasijas. Porque Dionisio ha levantado el velo de sus misterios, y se presenta con sus sátiros y sus hembras vacilantes, y el animal de largas orejas de Sileno viene en medio con su tono ronco y chillón. Nada se economiza: animales de pies ahorquillados huellan todo pudor; los sentidos se marean como en un torbellino, atúrdese el oído. Los hombres ebrios andan á tientas buscando las copas; las cabezas y los vientres están llenos. Uno ú otro resiste todavía, pero sólo sirve para aumentar el tumulto; para hacer lugar al vino nuevo, se vacían rápidamente los odres de las anteriores vendimias.

(Cae el telón, Forkiasse levanta como un gigante en el proscenio; baja del coturno, quitase su máscara y su velo, y se deja ver como Mefistófeles, para comentar, si fuere necesario, la pieza en el epílogo).

El campo de batalla.

Después de la muerte, ó más bien el aniquilamiento del fantasma adorado de Elena, Fausto se encuentra en la cima de una montaña, todavía deslumbrado con las visiones perdidas, que para él han sido reales, y han ocupado por algún tiempo la actividad de su alma. Mefistófeles viene á preguntarle si no está todavía cansado de la vida, si no lo ha agotado todo, la ciencia, la gloria, el amor del corazón, el amor de la inteligencia; si no está todavía satisfecho con haber podido sondear en vida dos infinitos, el tiempo y el espacio. ¿Qué puede desear ya? ¿La riqueza, el poder, el placer de los sentidos? Pero esas son fases de la existencia que Fausto ha atravesado sin detenerse en ellas.

— Ya veo, dice Mefistófeles, que es menester que pasemos á otra esfera; ésta se halla agotada, exprimida como una naranja, vacía. Hacia la luna es donde aspira ahora tu espíritu, bien lo conozco.

— Te equivocas, contesta Fausto, la tierra es todavía un teatro bastante vasto para la actividad que me queda. Quiero asombrar de admiración á las razas humanas; quiero dejar monumentos á mi paso; quiero arreglar en fin la naturaleza al molde ideal de mi pensamiento.

No más sueños: la gloria no es nada, pero la acción lo es todo.

— Sea, pues, á tu gusto, dice el diablo, que empieza á desconfiar de fatigar una inteligencia tan robusta; y dirigen desde luego su vuelo hacia el mundo material, y la vida humana principia á zumbir de nuevo en torno de ellos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que han abandonado la corte del Emperador?

Años, instantes tal vez. Pero el Emperador vive todavía: la prosperidad financiera, improvisada por Mefistófeles no ha sido de larga duración. El papel-moneda se ha convertido en papel: las locas disipaciones de la corte han puesto al colmo la miseria pública. Gran parte del imperio se ha sublevado y el Emperador juega su corona en una batalla; Fausto ordena á Mefistófeles que le socorra, y se dispone é mismo á tomar parte en el combate, vestido con una tersa armadura. Tres personajes mágicos se hacen los edecanes del nuevo general, y Mefistófeles evoca de la tierra los innumerables fantasmas de las almas desaparecidas. El Emperador, colocado entre sus dos amigos, y temblando, les hace mil preguntas sobre estas horrorosas apariciones que se desarrollan en extrañas legiones, ya representando fuerzas capaces de vencer al mundo, ya inocentes nieblas alumbradas por los rayos del poniente. El auxilio de estos fantasmas no impide que las verdaderas tropas del Emperador sean derrotadas, hasta el punto de no quedar un brazo de carne y sangre que le proteja contra los atrevidos sublevados. En efecto, éstos no tardaron en reconocer que las lanzas que los amenazaban no hacían ninguna herida, y helos ya trepando á las alturas. Entonces Mefistófeles conjura á los espíritus de las fuentes subterráneas, para que envíen á la superficie de la tierra una inundación aparente. Las tropas enemigas se creen ahogadas al momento, como el ejército de Faraón, y se dispersan como un rebaño entre la niebla que extravía su vista y su pensamiento. El Emperador, dueño del campo de batalla, se ve muy pronto rodeado de los suyos. Sólo piensa ya en recompensar á los que le

fueron fieles. En este instante, todo el mundo lo ha sido, y cada uno da sus pruebas. Solo el arzobispo viene á pronunciar severas palabras, y á echar en cara al Emperador, que no ha sabido triunfar sino con el auxilio de las fuerzas infernales. Se le sosiega prometiéndole fabricar una magnífica iglesia en el mismo lugar de la batalla, y hacer al clero del imperio espléndidas donaciones.

Por lo demás, Fausto pide la concesión de un vasto reino en donde poder realizar sus planes y sus descubrimientos. Para no verse enredado en los miles lazos del derecho, de los recuerdos y de la propiedad, escoge un terreno virgen que él mismo se compromete á ganar en el mar. Y bien sea que, en efecto, retroceda el mar, y se contenga detrás de los diques inmensos, ó bien que un nuevo prestigio crea un país de ilusiones sobre los méganos áridos del Océano, Fausto se encuentra soberano de rica comarca, habitada por un pueblo pacífico. Un viajero, que en otro tiempo ha naufragado en estos mismos lugares, reconoce, al pasar, los escollos en que se estrelló su nave, convertidos hoy en pintorescas rocas, y ve que la línea azul del mar se ha retirado muy lejos al horizonte. Reconoce, sin embargo, en la altura, que antes era la playa, á dos venerables ancianos, personajes típicos formulados con los nombres de Filemón y Baucis. La anciana pareja que el día de su naufragio le había salvado de las olas, le cuenta cuantas maravillas presenciaron desde aquella época, y mueve la cabeza hablando del nuevo señor del país y de la prosperidad que ha derramado por todos sus contornos. Efectivamente, un asombroso palacio fué levantado en una noche; vastísimas selvas han salido de la tierra como la hierba; millares de casas resplandecen con los rayos del sol, é infinidad de canales llevan la

fecundidad por todas partes; y en un país tan vasto, no hay una imagen de Dios, ni una campana, ni una iglesia; el nombre del cielo expira allí entre los labios. Sólo en la antigua tierra firme ha quedado en pie una capilla vieja, todavía con su campana que resuena por el día, y su lámpara que luce en las tinieblas.

Un palacio, un gran parque, un gran canal.

FAUSTO, muy viejo, se pasea pensativo. LINCEO

LINCEO, *el vigía de la torre con la bocina.*

El sol se pone, las últimas embarcaciones entran alegremente en el puerto. Una gran nave está para llegar al canal. Los pabellones de mil colores flotan graciosamente al aire, los mástiles se levantan esbeltos. Por ti es feliz el marinero; la dicha te saluda con razón. Suenan las campanillas sobre los méganos.

FAUSTO, *Jespertándose.* ¡Malditas campanas! ¡La herida que me hacen me abrasa! ¡Delante de mí se extiende mi imperio al infinito; detrás de mí me provoca el pesar, y me recuerda con estos sonidos envidiosos que no es puro el origen de mis riquezas! Esa alfombra de hierba debajo de los tilos, esa casa vieja, esa pequeña iglesia ruinosas, no me pertenecen... y si fué á respirar allá abajo, esas sombras extranjeras me estremecerían; son una espina para los ojos, una espina para los pies. ¡Oh! que no estuviera yo lejos de aquí!

EL VIGÍA DE LA TORRE. ¡Qué deliciosamente surca las ondas esa nave impelida por un fresco céfiro! ¡Su rápida carrera nos trae cofres, cajas y sacos llenos de riquezas!

(Llega la nave cargada de producciones de todas partes.)

Noche profunda.

LINCEO, *cantando en las almenas*. Nacido para ver, pagado para divisar, sujeto en la torre, me encanta el mundo. Veo á lo lejos, veo cerca de mí la luna y las estrellas, la selva y el corzo. En todo veo la eterna belleza, y como eso me agrada, yo me agrado á mi mismo. ¡Levantarse, sobre ese mundo sombrío! Veo fuegos que centellean al través de la doble noche de los tilos... ¡Ay, la cabaña está ardiendo, la cabaña que estaba cubierta de musgo y situada en un paraje húmedo! De ese abrasador infierno se elevan entre las hojas y las ramas horribles lenguas de fuego. ¡Ah! ojos míos, por qué habéis de ver esto! ¡Por qué alcanzan vuestras miradas á tan larga distancia! La capilla se desploma aplastada con el peso de las ramas. Las llamas rodean ya la copa y hasta la raíz aniquilan de esos troncos huecos, rojos como la púrpura...

FAUSTO, *en el balcón mirando hacia los méganos*. ¿Qué canto lastimero oigo resonar allá arriba? Primero palabras, después sonidos. ¡Mi vigía se lamenta, y lo que acaba de suceder me aflige interiormente! ¡Pero qué importa que se hayan arruinado algunos tilos y reducido á troncos de carbón! Un vasto espacio quedará pronto despejado y mi vista se extenderá al infinito. Así verá la nueva habitación hecha para esa anciana pareja, que con el sentimiento de su virtud, acaba tranquilamente sus días.

MEFISTÓFELES, *y sus tres criados*. Henos aquí: hemos venido empleando todas las fuerzas de nuestros caballos. Perdonad si no ha salido bien todo. Al principio hemos llamado con grandes golpes, y nadie ha querido abrirnos: continuamos llamando, y cayó por el suelo la apollillada puerta. Nos pusimos á llamar á

gritos y con amenazas; pero parece que los viejos estaban aturdidos, y como suele suceder en semejantes casos, no podíamos hacerles comprender la razón, por lo que no hemos titubeado en sacarlos afuera por fuerza; mas se resistieron tanto que al fin cayeron en el suelo moribundos. Un extranjero, que estaba escondido en la casa y quiso defenderse, se le dejó muerto al lado de ellos. En un instante se encendió la paja con las ascuas que había alrededor de la cabaña. Miradla ahora cómo chisporrotea en el fuego y sirve de pira á los tres cuerpos.

FAUSTO. ¿Sois sordos cuando os hablo? Yo quería el cambio y no el robo. Yo aborrezco esa acción imprudente y tiránica. Caiga sobre vosotros mi maldición.

CORO. La antigua palabra resuena: ¡obedece á la fuerza! Y si tienes valor, si te mantienes firme, aventuras la casa, la corte y te aventuras á ti mismo.

(Salen.)

FAUSTO, *al balcón*. Las estrellas han perdido su claridad; la llama se extingue; el aire la hace brillar todavía, y trae hasta mí el humo y el vapor; Orden muy pronto dada y más pronto cumplida! ¿Qué vaga allí en la sombra?

CUATRO MUJERES CANOSAS *se adelantan*.

LA PRIMERA. Yo me llamo el Hambre.

LA SEGUNDA. Yo me llamo la Deuda.

LA TERCERA. Yo me llamo la Inquietud.

LA CUARTA. Yo me llamo la Angustia.

TRES DE ELLAS. La puerta está cerrada, y no podemos entrar. Ésta es la casa de un rico y nada tenemos que hacer en ella.

EL HAMBRE. En ellas me convierto en sombra.

LA DEUDA. En ella me convierto en nada.

LA ANGUSTIA. En ella apartan de mí la vista, no acostumbrada á mi presencia.

LA INQUIETUD. Vosotros, hermanas mías, nada podéis, ni debéis hacer aquí. Sólo la inquietud puede deslizarse por el ojo de la cerradura.

(La Inquietud desaparece.)

EL HAMBRE. Vosotras, sombrías compañeras, alejaos.

LA DEUDA. Yo me junto á ti y ando á tu lado.

LA ANGUSTIA. La Angustia os sigue.

LAS TRES. Las nubés pasan, las estrellas se velan. Allá detrás, muy lejos viene nuestra madre la muerte.

FAUSTO, *en el palacio*. Cuatro vi venir, y sólo tres se van. No puedo comprender sus palabras. Esa sonaba como angustia, después venia otra voz más lúgubre, la Muerte. Sonaba hueca y con la voz sorda del fantasma. No he podido librarme todavía de su impresión. ¡Si pudiera apartar la magia de mi camino, y olvidar las fórmulas cabalísticas! ¡Si yo pudiera, naturaleza, ser siquiera un hombre ante ti, eso valdría la pena de ser hombre! ¡Yo lo era en otro tiempo, antes de haber intentado penetrar tus velos; antes de haber maldecido con criminales acertos al mundo y á mí mismo! Ahora está el aire tan lleno de tales fantasmas, que es imposible librarme de ellos. Si el día puro y claro viene á sonreirnos un solo instante, la noche nos sumerge en los espesos velos del desvarío. Volvemos alegremente de los campos reverdecidos y de repente un ave grita... ¿qué grita? ¡Desdicha! ¡La desdicha! Jóvenes y viejos nos sorprende envueltos en los lazos de la superstición. Llega, se anuncia, avisa, y nos encontramos solos, espantados en su presencia.... La puerta rechina

y no entra nadie. (Aterrorizado). ¿ Hay alguien aquí ?

LA INQUIETUD. La contestación está en la pregunta.

FAUSTO. ¿ Y quién eres tú ?

LA INQUIETUD. Aquí estoy y nada más.

FAUSTO. Aléjate.

LA INQUIETUD. Estoy donde debo estar.

FAUSTO *al principio encolerizado, después sosegándose poco á poco*. Entonces no pronuncies ninguna palabra mágica... ¡ Cuidado !

LA INQUIETUD. El oído no me escucha, murmuraré en el corazón; bajo diversas metamorfosis ejerzo mi espantoso poder; en el sendero, en las ondas, eterna compañera de la Angustia, siempre encontrada, jamás buscada, ya acariciada, ya maldita. ¿ No has conocido nunca la inquietud ?

FAUSTO. Yo no he hecho más que correr el mundo agarrando todo placer por los cabellos, desdeñando lo que no podía bastarme y dejando ir lo que se me escapaba. Y no he hecho más que satisfacer y desear continuamente, y así he precipitado mi vida en una continua acción. Grande y poderoso en un principio, ando ahora con circunspección. El círculo de la tierra no es bastante conocido. Nos está prohibido mirar al otro mundo. ¡ Qué insensato es el que dirige sus inquietas miradas hacia allá y se imagina hallarse sobre las nubes, sobre sus semejantes ! Que se agarre firme de esta tierra; el mundo no es mundo para el hombre que vale algo. ¿ Á qué vagar en la eternidad ? Todo lo que conoce el hombre, puede alcanzarlo. Que siga pues su camino, sin asustarse de los fantasmas; que ande, encontrará la desgracia y la felicidad; él que está siempre descontento de todo, del mal como del bien.

LA INQUIETUD. Cuando llego á apoderarme de alguno, de nada le sirve el mundo entero: eternas tinieblas lo

cubren, el sol no sale ni se pone para él ; sus sentidos, por perfectos que sean, están envueltos en la oscuridad. Ningún tesoro sabe poseer : la dicha y la desdicha se convierten en caprichos. Muere de hambre en el seno de la abundancia. Delicias y tormentos todo lo deja para más tarde ; nada espera del porvenir, ni tiene nunca presente.

FAUSTO. ¡ Cállate ! no quiero oír un despropósito. Vete de aquí ; esa letanía volvería loco al más sabio.

LA INQUIETUD. Sea que deba ir, sea que deba venir, siempre le falta la resolución. En medio de un camino trillado titubea y vacilan sus pasos. Se extravía cada vez más, todo lo ve caprichosamente, fastidiándose á sí mismo y á los demás, respirando y ahogándose á un tiempo ; ni vivo ni muerto : sin abatimiento, sin resignación ; en una continua inquietud ; sintiendo lo que hace, aborreciendo lo que debe hacer ; ya libre, ya prisionero ; sin sueño, ni consuelo, siempre fijo en su sitio y preparado para el infierno.

FAUSTO. ¡ Miserables fantasmas ! Así es como obráis mil y mil veces con la raza humana : así cambiáis los días indiferentes en horribles torturas. Lo sé, difícilmente sacude uno á los espíritus de las tinieblas ; pero tu fuerza, ¡ oh inquietud rastrera y poderosa, no la reconoceré yo.

LA INQUIETUD. Ve pues con qué rapidez parto, lanzándote imprecaciones. Los hombres están ciegos toda su vida : ¡ ahora bien, Fausto, sólo tú al fin de la tuya !

(Le sopla en la cara.)

FAUSTO *ciego*. Parece que la noche se ha hecho más oscura, pero interiormente brilla una luz deslumbrante. Quiero apresurarme á cumplir lo que tengo pensado. Sólo la palabra de Dios tiene poder. ¡ Oh ! vosotros,

criados míos, levantaos de vuestros lechos uno tras otro, y haced ver lo que tan audazmente he meditado ; tomad el instrumento, agítad la pala y la estaca, es preciso que se concluya esta obra : el orden y la aplicación los corona siempre el buen éxito ; acábase una obra de las más grandes, una sola mente basta para mil manos.

Gran vestibulo de palacio. — Hachones.

MEFISTÓFELES, *como guardián al frente*. Venid, venid ; entrad, entrad, larvas perezosas, formadas de fibras, venas y huesos, medio compuestas y reanimadas.

LARVAS *en coro*. Henos prontas ; porque, según lo que hemos sabido, se trata de una vasta comarca que tenemos que ocupar.

MEFISTÓFELES. No se trata aquí de trabajos artificiales, proceded según las reglas ordinarias. La más grande se tenderá tan larga como es : vosotras cavaréis el césped alrededor de ella. Como se ha hecho para nuestros padres, haced una excavación oblonga y cuadrada, fuera del palacio, una casa estrecha ; ese es el fin imbecil de todo el mundo.

LARVAS, *cavando con gestos burlones*. ¡ Oh ! ¡ qué joven era yo ! vivía, amaba ¡ y era esto tan dulce ! Donde quiera que herían mis oídos sonidos alegres, mis pies se movían por sí solos. Y he ahí cómo me hirió con sus muletas la solapada vejez : he tropezado en la puerta de la tumba ; ¡ por qué estaría abierta ?

FAUSTO, *saliendo del palacio, palpando las columnas de la puerta*. Como me alegra el ruido de las palas, así me lisonjea la multitud, que reconcilia consigo misma á la tierra, que pone límites á las olas y que rodea el mar con una especie de cadena.

MEFISTÓFELES (*á parte*). Sólo trabajas para nosotros con todos tus diques y tus playas; que con eso preparas una gran comida al demonio del mar, á Neptuno. De todos modos estás perdido. Los elementos se han concertado con nosotros, y todo va á parar á la destrucción.

FAUSTO. ¡Guardián!

MEFISTÓFELES. Aquí estoy.

FAUSTO. Trabajador, trabaja cuanto puedas. Anímalos por medio del placer y de la severidad; paga, engaña, apúralos. Todos los días quiero saber los progresos que se hacen en el foso.

MEFISTÓFELES, *en voz baja*. Se habla según lo que tengo entendido, no de un foso, sino de una fosa.

FAUSTO. Un pantano se va extendiendo al pie de las montañas é infecta todo cuanto hemos adquirido hasta ahora. Secar esa laguna mefítica sería la conclusión de nuestra obra. Podría ofrecer á millones de hombres vastas llanuras, donde vivir, sino libres, al menos con seguridad. He aquí verdes y fértiles campos: hombres y rebaños descansan gozosos sobre esa nueva tierra, prendados de las colinas que han levantado con su afanoso trabajo.

¡Un paraíso en la tierra! Que las olas bramen afuera hasta las mismas orillas; que las laman para abrirse un camino, que á medida que lo consigan, nosotros nos apresuraremos á cerrar la brecha.

Sí, yo me abandono á la fe de esta palabra que es el fin de la sabiduría. Solo es digno de la libertad y de la vida aquel que todos los días se dedica á conquistarlas, y en ello emplea sin cuidarse del peligro, primero su ardor de niño, y después su inteligencia de hombre. ¡Oh! goce yo del espectáculo de semejante actividad, y viva con un pueblo libre en una tierra de libertad! En tan feliz instante podría yo decir:

« ¡Detente todavía! ¡eres tan bello! » Las huellas de mis días en la tierra no podrian borrarse con el tiempo... Sólo con el presentimiento de semejante dicha, disfruto ahora del momento más bello de mi vida.

(Fausto cae, las larvas lo cogen y lo colocan en la tumba.)

MEFISTÓFELES. Ningún placer lo satisface, ninguna dicha le basta. ¡Así se lanza siempre tras de las imágenes mudables. ¡Por vacío y despreciable que fuese el último instante: hubiera querido detenerlo el desdichado! ¡Quedó victorioso el tiempo! Allí yace el viejo sobre la arena. (*La hora se para...*)

EL CORO. ¡Se para! está callada como la medianoche.

(Cae el minuterero.)

MEFISTÓFELES. ¡ Ya cayó! ¡ Todo está cumplido!

EL CORO. ¡ Todo ha pasado!

MEFISTÓFELES. ¡ Pasado! palabra necia. ¿ Por qué ha pasado? Lo que ha pasado y la pura nada ¿ no es exactamente lo mismo? ¿ Qué nos quiere, pues, esta eterna creación, si todo lo que fué creado va á sumergirse en la nada? « ¡ Ha pasado! » ¿ Qué quiere decir esto? ¡ Lo pasado es como si jamás hubiera existido! Y sin embargo, todavía se mueve en cierta región, como si aún existiera ¿ Por qué?... Á mí me agradaría más el simple vacío eterno.